

Un programa para sembrar justicia y reconciliación en África

José Carlos Rodríguez Soto

Si África interesa poco en España, peor suerte corre la Iglesia de este continente. Cuando Benedicto XVI visitó el pasado marzo Camerún y Angola los medios de comunicación dieron la impresión de que el único propósito de su viaje fue hablar en contra del preservativo. Nadie se fijó en la parte más importante de su viaje: la entrega del documento de trabajo que guiará las discusiones de los obispos durante el próximo Sínodo Africano, a celebrar en Roma del 4 al 25 de octubre.

Conocido como *Instrumentum Laboris*, es el resultado de casi tres años de trabajo en las iglesias locales (desde que en 2006 se publicaron los *Lineamenta*) y sus 149 puntos —agrupados en cuatro capítulos— giran en torno al tema *La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz*. Los obispos africanos dicen en varios lugares de este texto que este tema debe servir a la Iglesia para hacer «un serio examen de conciencia».

Justicia y paz ya fue uno de los temas estrella del primer Sínodo Africano, celebrado, también en Roma hace ahora quince años. A este evento se llegó después de que, durante las décadas de los años 60, 70 y 80, algunos de los teólogos y obispos africanos más

pujantes de aquella época —como el cardenal Malula, arzobispo de Kinshasa, y el jesuita camerunés Engelbert Mveng—, abogaran por la celebración de un Concilio Africano. Esta idea fue finalmente encauzada por el Vaticano bajo la

*la idea principal de
Ecclesia in Africa es la
definición de la Iglesia
como «familia de Dios»,
entendida en el contexto
cultural de la familia
extensa africana;
esta exhortación recoge
siete puntos clave de la vida
de la Iglesia en el
continente: nueva
evangelización, educación,
vida eclesial, sanidad,
inculturación, justicia
y paz y medios de
comunicación social*

forma del primer Sínodo Africano. Aunque el anuncio de su celebración en Roma, desilusionó a muchos que esperaban ver este acontecimiento en suelo africano, no hay duda de que constituyó un jalón importante del viaje de la Iglesia Africana.

Los días en que se celebró, en abril de 1994, fueron harto significativos para África al coincidir en el tiempo dos acontecimientos de signo opuesto: por una parte, la celebración de las primeras elecciones democráticas y no raciales en Sudáfrica y, por otra, el genocidio de Ruanda que se cobró al menos 800.000 vidas en apenas tres meses. Al año siguiente, en septiembre de 1985, Juan Pablo II presentó en Nairobi las conclusiones del Sínodo, recogidas en el extenso documento *Ecclesia in Africa*, un texto que el mismo *Instrumentum Laboris* recientemente publicado reconoce que «en algunos lugares aún no ha sido suficientemente distribuido y puesto en práctica» (n. 18). La idea principal de *Ecclesia in Africa* es la definición de la Iglesia como «familia de Dios», entendida en el contexto cultural de la familia extendida africana. Esta exhortación recoge siete puntos clave de la vida de la Iglesia en el continente: nueva evangelización, educación, vida eclesial, sanidad, inculturación, justicia y paz y medios de comunicación social.

La cultura de la guerra y los nuevos colonialismos

Incluso para quien no esté interesado en temas de Iglesia, el análisis global que el *Instrumentum La-*

boris (en adelante, *I.L.*) hace de los problemas africanos de hoy en su **primer capítulo** («La Iglesia en África hoy») uno de los más ciertos que se puede encontrar. «Desde que se celebró el primer sínodo africano en 1994 —afirma al comienzo— la sociedad africana ha pasado por cambios significativos». Por lo que se lee a continuación, no todos buenos, y algunos nefastos.

El *I.L.* comienza reconociendo algunos hechos positivos. Reconoce que muchos africanos están hoy «libres del yugo de regímenes dictatoriales» y que «está surgiendo una cultura basada en principios democráticos». La reciente resolución amistosa del contencioso sobre la disputada península de Bakassi entre Camerún y Nigeria se presenta como un ejemplo de lo que deberían ser las cosas siempre en África. También se destacan como favorables la creación de la Unión Africana y del Nuevo partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD) como un plan estratégico para ayuda a que África salga de la pobreza y la marginación, y —cómo no— el ejemplo de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación en Sudáfrica al utilizar el modelo tradicional africano de hablar libremente y el elemento cristiano de perdonar a quien confiesa sus pecados.

Como contrapunto, el *I.L.* señala también la sed de poder de muchos líderes, los intereses de «fuerzas del exterior» y el tráfico de armas como las causas que siguen alimentando infinidad de conflictos que se libran hoy en África¹. También lamenta que «la globalización está marginando a África». Incluso en el plano religioso, la «sed de Dios» manifestada en el fuerte crecimiento del número de fieles y de vocaciones sacerdotales a un ritmo mayor que en otras partes del mundo se manifiesta también, «paradójicamente, en la proliferación de las sectas» (n. 10).

Las causas son variadas: «Hay líderes políticos que no son sensibles a las necesidades de la gente y muestran una falta de sentido democrático» (n. 23). El *I.L.* señala también la tendencia de muchos regímenes a «identificar el partido en el poder con el Estado», cometiendo el error de entender la autoridad «como poder, y no como servicio». En el plano económico (n. 24-29) destaca que la falta de comercio dentro del continente y los «programas impuestos por instituciones financieras internacio-

¹ Actualmente hay varios abiertos: en Somalia, Chad, Darfur, el golfo del Níger, República Centroafricana y el este de la República Democrática del Congo, además de fuertes tensiones en otros países.

nales» traen consecuencias negativas, especialmente los «bajos precios» de los productos africanos, la «marginación de los productores» y los salarios de risa: «Los sueldos de los trabajadores son insuficientes, si es que llegan a pagarse, y en algunos lugares existe una verdadera esclavitud». El documento es especialmente crítico con «las multinacionales que invaden el continente en busca de recursos y que, en complicidad con líderes africanos, oprimen a las compañías locales, compran miles de hectáreas de terrenos y expropián a las poblaciones de sus tierras».

Este es un fenómeno relativamente nuevo, que se está convirtiendo en una nueva colonización en toda regla llevada a cabo en suelo africano. El *I.L.* analiza también los efectos de la crisis económica en el continente, algo de lo que nuestros medios de comunicación no suelen hablar, pero que está neutralizando algunos logros obtenidos por algunos países africanos en la última década. La crisis incide negativamente de diversas maneras: «las instituciones financieras africanas tienen dificultades para obtener créditos de bancos occidentales», «la ayuda al desarrollo está en peligro» y —con excepción de Suráfrica— «a África se la ha excluido de la búsqueda de soluciones para re-

solver la actual crisis financiera internacional».

En el plano cultural, el *I.L.* destaca que África tiene infinidad de valores que ofrecer al mundo: el respeto por los ancianos y las madres, la solidaridad, la hospitalidad, la ayuda mutua, etc. Pero una nueva laxidad moral y la «cultura de la exaltación de la violencia y de la figura del guerrero» (n. 31) amenazan con destruirlos. Otros aspectos culturales tradicionales, como la marginación de la mujer, la mutilación sexual, la poligamia, los matrimonios forzados y la brujería se señalan como «falsas creencias que demandan una atención especial» (n. 32).

Los cristianos, sal y luz

Ante este panorama, se recuerda que el papel de los discípulos de Jesús es ser «sal de la tierra y luz del mundo» para transformar esta situación. El *I.L.* insiste en que ambas imágenes son complementarias: la sal se refiere «al papel de los discípulos como medios activos de transformar los lugares donde viven sus hermanos» (n. 37), y apunta también al hecho de que «así como la sal se disuelve y es invisible, el impacto inicial de la vida del discípulo no suele ser advertido». La imagen de la luz hace referencia

a la visibilidad de las acciones del cristiano. En definitiva, se trata de transformar la sociedad en la que los cristianos viven, y la mejor manera —concluye el primer capítulo— es hacerlo como familia de Dios para ejercer el «ministerio de la reconciliación». El papel que muchas iglesias locales han desempeñado a favor de la paz, como mediadoras, y en conferencias nacionales de transición son un buen ejemplo de cómo llevar esto a la práctica.

El **capítulo segundo** («Reconciliación, Paz y Justicia, una tarea urgente») señala cómo ejercer esta tarea, sobre todo en escenarios convulsos. En África, señala el *I.L.*, hay «sociedades que han sido arruinadas por sus líderes políticos» o que «han presenciado escenas trágicas de xenofobia» (n. 50). Otros hechos nefastos como el tráfico de menores, las redes de prostitución y el trabajo infantil están destruyendo la fibra de la familia africana, y muchos de los países que tienen «zonas ricas en petróleo y minerales se están convirtiendo con rapidez en puntos de conflicto». ¿Cómo afrontar estos y otros problemas que no dejan de crecer en suelo africano?

El *I.L.* no tiene dudas en afirmar que lo primero que tienen que hacer las Iglesias particulares es dar buen ejemplo: «Su mensaje no se-

rá efectivo si no promueve unidad entre sus miembros y resuelve los signos de conflicto en su vida». Con respecto a esto, «en algunas comunidades de la Iglesia y en las actitudes de algunos pastores se observan divisiones por razones de etnia y mentalidades xenófobas», además de «tensiones entre obispos y sus presbiterados, y una

*el documento arremete
contra la invasión de
semillas transgénicas que
sufrir África; nunca un
documento de la Iglesia
había hablado de forma tan
explícita sobre el tema de los
organismos genéticamente
modificados (OGM)
tomando una posición
claramente contraria*

tendencia por parte de algunos obispos en conferencias episcopales a tomar posición a favor de un determinado partido político, lo que hace que esas conferencias episcopales no puedan hablar con una sola voz ni hacer llamamientos a la unidad» (n. 53). También se llama la atención sobre la mar-

ginación de la mujer dentro de la Iglesia, el pago de salarios injustos a personas empleadas por sus instituciones y la «falta de transparencia administrativa por parte de algunos pastores» (n. 61).

Tras esta autocrítica, el documento arremete contra males como la corrupción, el nepotismo y particularmente la invasión de semillas transgénicas que sufre África: «Esta campaña arruina a los pequeños agricultores, elimina los métodos tradicionales y hace que los productores dependan de las compañías que venden estas semillas» (n. 58). Nunca un documento de la Iglesia había hablado de forma tan explícita sobre el tema de los organismos genéticamente modificados (OGM) tomando una posición claramente contraria.

Entrando más de lleno en el tema de la paz, el *I.L.* apunta a diversas causas que nutren los conflictos del continente: una historia de esclavitud, colonialismo y neo-colonialismo; una violencia que surge de desempleo, migraciones masivas y una inversión excesiva en armas. «Las víctimas más afectadas por la ausencia de la paz son las familias. Su desgarramiento y la influencia de los medios de comunicación han conducido a fenómenos como delincuencia juvenil, conducta moral reprobable y drogadicción» (n. 66).

Una cultura africana transfigurada

El **tercer capítulo** inicia la reflexión sobre cómo abrir caminos hacia la reconciliación, la paz y la justicia en el continente. Empieza por «el desafío de la inculturación, más crucial que nunca para las sociedades africanas, cuyas culturas están amenazadas». El *I.L.* señala que «el Evangelio está enraizado en el terreno humano de la cultura. Las sociedades africanas muestran cómo se quedan sin energía cuando se destruyen las culturas. Para que la Iglesia pueda formar cristianos auténticos, debe prestar una seria atención a enraizar en mensaje del Evangelio en la cultura» (n. 73).

El documento habla de una «cultura africana transfigurada», recordando que Cristo transforma y trasciende todas las culturas y hace posible que «la Iglesia pueda tomar iniciativas para promover la reconciliación, la paz y la justicia y que no se retire ante las dificultades cuando trabaja contra los falsos valores». La presencia en la Eucaristía y en la Palabra de Dios da fuerza a la Iglesia, especialmente vivida en la familia: «La familiaridad con la Palabra de Dios escuchada y compartida en la familia ayuda a formar conciencias y protege a las personas para que no se extravíen con el concubina-

to, el adulterio y el alcoholismo» (n. 87).

Al mismo tiempo, los obispos africanos se preguntan una vez más sobre el hecho de que la situación matrimonial de muchos católicos les deja fuera de participar en la Eucaristía, uno de los problemas pastorales más controvertidos en toda África: «El matrimonio tradicional obliga a veces a los cristianos a vivir en la periferia de las comunidades cristianas. ¿Qué podemos hacer para que la celebración cristiana del matrimonio pueda estar más enraizada en la tradición africana de una alianza matrimonial?... ¿Qué podemos hacer para reducir los tan a menudo elevados costes de un matrimonio en la Iglesia y animar a los más pobres a que celebren el sacramento?» (n. 94).

Son estas preguntas que apuntan a la superficialidad de la fe de muchos cristianos en el continente y que explican que «a veces recurren a la hechicería y a otras prácticas lamentables, o que se vean influidos por ideologías políticas o por sectas que atacan a la Iglesia Católica». En parte, esta debilidad se explica por el hecho de que «hay sacerdotes y religiosos que a veces dan mal ejemplo y buscan prácticas ocultas o codician posiciones sociales en lugar de dedicarse a servir a los últimos de sus hermanos» (n. 95).

Dentro de este capítulo, el *I.L.* habla del servicio que la Iglesia presta a la sociedad con su rica red de servicios de salud, la atención a los pobres por medio de Cáritas y las comunidades de base (llamadas «pequeñas comunidades cristianas»), además de sus programas educativos, muchas de las cuales sufren debido a la falta de subvenciones por parte del Estado. La administración y la autosuficiencia de estas instituciones siguen siendo algunos de los desafíos más delicados a los que se enfrentan las iglesias que las sustentan, que suelen tener una fuerte dependencia del exterior.

También se insiste en el diálogo con las religiones tradicionales, las otras confesiones cristianas y el Islam. El cultivo de buenas relaciones entre las distintas confesiones religiosas se ve seriamente afectado por varios hechos negativos: en primer lugar, «la agresión que sufre la Iglesia Católica por parte de las sectas, instrumentalizadas por los políticos para corroer los valores que la Iglesia defiende». Otras dificultades serias son la desconfianza mutua que existe en muchos lugares entre musulmanes y cristianos (a pesar de que a menudo la Iglesia ayuda a las comunidades musulmanas a socorrer a sus pobres) y «la tendencia a politizar las afiliaciones religiosas» (n. 102).

Un ambicioso programa de acción

En su **cuarto y último capítulo** el *I.L.* presta atención a los aspectos prácticos de cómo ser familia de Dios, particularmente con el testimonio: «La respuesta más adecuada de los discípulos de Cristo es emplear las armas de la fe y buscar una profunda conversión en su búsqueda de la santidad por medio de la escucha de la Palabra

el documento da relieve al papel de los catequistas, sin cuyo trabajo la Iglesia no existiría en infinidad de rincones del continente africano, y se apunta a que deben recibir «una formación bíblica y doctrinal sólida, así como una justa remuneración para que puedan mantener a sus familias de forma digna»

de Dios, la frecuencia en los sacramentos, la participación en ejercicios espirituales, la atención a las cuestiones planteadas por nuestro prójimo, la sociedad y sus acontecimientos, y la renovación de

nuestros esfuerzos hacia una conversión moral» (n. 104).

Estas últimas páginas, que constituyen todo un programa de acción de la Iglesia africana, desgranar las responsabilidades de todos los miembros de la Iglesia, tanto de sus individuos como de sus instituciones. En cuanto a los primeros, se comienza analizando el papel de los obispos, de los que se espera que «su voz de siervos de la Palabra se eleve y se oiga en tiempos de crisis social como la de un centinela de la ciudad. Al enfrentarse a problemas políticos como constituciones, elecciones, injusticias, violaciones de derechos humanos, etc., la palabra profética del obispo es una respuesta a la sed del pueblo de justicia y paz» (n. 107). Se da también un aviso para que los obispos «realicen los nombramientos de sacerdotes y religiosos usando criterios objetivos, y no étnicos» y se subraya que «la unidad de los obispos entre ellos como colegio es indispensable» (n. 109-110).

En cuanto a los sacerdotes y religiosos, se insiste en que los primeros deben cuidar su ministerio de enseñanza y privilegiar sus «oportunidades de encontrar a los fieles en los distintos grupos... lo cual es una ocasión para guiarlos para que vivan de forma auténticamente cristiana» (n. 112). Los religio-

«fuerza de energía espiritual que nutre a la Iglesia». Muy especialmente se destaca cómo las mujeres religiosas pueden responder mejor a los desafíos de la reconciliación «por medio de su genio femenino de amabilidad, ternura y apertura a escuchar la Palabra, como María, la hermana de Lázaro y la mujer samaritana, o por medio del servicio a los demás, como Marta» (n. 114).

Al hablar del papel de los laicos, el *I.L.* da relieve al papel de los catequistas, sin cuyo trabajo la Iglesia no existiría en infinidad de rincones del continente africano, y se apunta a que deben recibir «una formación bíblica y doctrinal sólida, así como una justa remuneración para que puedan mantener a sus familias de forma digna» (n. 116). También entre los laicos se destaca el «genio femenino» para generar una cultura de paz, de vida y de humanidad que venza a la violencia, la muerte y la brutalidad.

Las instituciones de la Iglesia de las que se espera que trabajen por la justicia y la paz son numerosas: en primer lugar, las Conferencias Episcopales, cuyas «cartas pastorales escritas para denunciar todo lo que oprime a los hombres y mujeres en la sociedad, dan testimonio de la preocupación de la

Iglesia-Familia por la unidad» (n. 120). También se anima al Simposio de Conferencias Episcopales de África y Madagascar (SCAM) a que continúen su relación con las conferencias episcopales de Asia y Europa.

Las comisiones de Justicia y Paz deben existir a todos los niveles de planificación de las iglesias particulares en África: «De esta manera, los fieles son formados para respetar los derechos de los ciudadanos y para luchar contra la impunidad de crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad, el trato indigno a los prisioneros, etc.» (n. 123). Se destaca que su papel es especialmente importante durante las épocas de elecciones.

Otra de las instituciones más relevantes en la vida de la Iglesia son los seminarios. El *I.L.* insiste en que «es necesario un mayor discernimiento en la elección de los futuros sacerdotes y mayor cuidado al darles programas formativos sólidos» y se sugiere que «involucrar a hombres y mujeres laicos en la formación sacerdotal contribuiría a hacer que los futuros sacerdotes fueran más equilibrados y maduros» (n. 126).

En cuanto a los programas de formación más generales, el *I.L.* quiere que en África se enseñe más la

doctrina social de la Iglesia y contenidos de resolución de conflictos².

Las instituciones de la Iglesia que prestan valiosos servicios a la sociedad, como sus centros de salud y sus centros educativos (incluyendo Universidades) deben contar con una planificación y emplear a personal que destaquen por sus servicios de alta calidad. Es mucho lo que se puede hacer en este campo: «mejorar las condiciones de los profesores y su competencia, ofrecer una formación académica abierta a todos e incluir a los padres en asociaciones y seminarios sobre educación» (n. 134).

Finalmente, el *I.L.* espera de los cristianos en África que se comprometan a fondo en los centros neurálgicos de la sociedad en la

² El autor puede dar fe de cómo en bastantes programas formativos para sacerdotes y religiosos esta enseñanza brilla por su ausencia, haciendo que los futuros pastores no estén preparados para afrontar problemas sociales serios.

que viven: la política —para que se sacrifiquen al construir los principios de la democracia y el Estado de derecho» (n. 138)— las fuerzas armadas —para que protejan a los más vulnerables y alcen sus voces contra el comercio de armas en zonas de conflicto» (n. 139)—, así como la economía, la educación, la salud (rehusando tomar parte en abortos, eutanasia, asistiendo a las víctimas del SIDA...) el mundo cultural, los medios de comunicación social y los organismos internacionales.

El documento concluye con un llamamiento al compromiso por la reconciliación en África y una oración a María, protectora del continente, a quien los obispos de África se encomiendan para que la Segunda Asamblea Especial para África dé frutos abundantes³. ■

³ El documento completo puede ser consultado (en francés y en inglés) en: http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20090319_instrlabor-africa_en.html